

Dejemos esto por ahora, para seguir tras las observaciones que sobre la historia hemos encontrado en Alfonso Reyes.

Pero antes de abandonar esas relaciones entre historia y literatura, sería conveniente detenernos en un problema que importa a ambas, o sea el de la biografía. Esta se ocupa de presentar, dentro de determinado marco, el cuadro vivo de una existencia, y la dificultad radica en determinar si puede considerarse como una forma historiográfica auténtica o por el contrario como género literario únicamente. Cuando el biógrafo trata de rehacer la vida de un hombre, tiene que ocuparse, necesariamente, de una serie de factores indispensables para lograr su objeto, como son la época histórica, las circunstancias particulares que le rodearon, los resortes que impulsaron sus actos, en fin, todo aquello que forma parte de la vida misma por estudiar. Es innegable que la historia puede utilizar muchos de estos datos, iluminando así ciertos hechos que pudieran permanecer en la oscuridad. Pero precisamente aquí aparece el problema, porque si bien la historia puede usar de estas luces, también, con justo derecho, podría desconfiar de ellas, ya que pertenecen a un género literario, como es el ocuparse de casos individuales, siendo que la obra histórica por sus fines es panorámica y debe trascenderlos. Y separar lo histórico de lo que no lo es en una biografía (o autobiografía) es algo muy difícil si no imposible. Los ejemplos que maneja Alfonso Reyes son definitivos: Las *Confesiones* de San Agustín o las de Rousseau, las *Memorias* de Fray Servando o los libros que sobre su vida escribió José Vasconcelos, son casos patentes de esa dificultad, pues ¿cómo separar lo que interesa a la historia y lo que pertenece exclusivamente a las vidas privadas de estos personajes, mezclado todo en defensas y explicaciones de ideas o puntos de vista personales, apología de sus actos o condenación de los ajenos? "En suma, la biografía es género anómalo, sólo relativamente histórico. Algunos llegan a decir que es extrahistórico por esencia. No exageremos: es extrahistórico por definición convencional de la historia... Género comparable al retrato, es arte y también documento. Histórico por el giro mental, pero prendido, por su asunto, a las vidas particulares, como la literatura." (8).

¿Pero no se dijo hace un momento que la historia recibe el refuerzo de la literatura? En efecto, así es, y debe tenerse por entendido que si bien los recursos literarios no son la historia misma, son los que la transforman en una

(8) *El Deslinde*. Pág. 71.

cosa viva; son —así los llama Alfonso Reyes— "ficciones externas", que deben aparecer después de realizado el trabajo de investigación, cuando la pluma se encarga de recoger los resultados obtenidos.

En un libro de ensayos titulado *El suicida* y publicado en Madrid el año de 1917, hay unas notas que Alfonso Reyes escribió sobre la sonrisa. Entresacamos aquí algunas de ellas que pueden servirnos en el recorrido que estamos haciendo. Dice, entre otras cosas, que la sonrisa nos lleva a nuestras fuentes espirituales, ahí donde no aparece todavía el pensamiento filosófico, pero donde surge la primera opinión del alma sobre la materia. "Cuando el niño comienza a despertar del sueño de su animalidad, sorda y laboriosa, sonríe: es que le ha nacido el dios." (9). A través de estas y otras consideraciones, que no pretende que sean demostraciones sino índice de postulados, que a su vez le llevan a interrogarse sobre la confusión existente entre el hombre como ser natural, sujeto a las leyes del mundo, y el hombre que, por serlo, sanciona la realidad tras la ironía de la sonrisa. Llega a decirnos lo siguiente: "Si el hombre no hubiera protestado, no habría historia —historia en el sentido común de la palabra—. El albor de la historia es un desequilibrio entre el medio y la voluntad humana, así como el albor de la conciencia fue un desequilibrio entre el espectáculo del mundo y el espectador humano. El hombre sonríe: brota la conciencia. Y el hombre se nutre de los elementos que le da el medio. ¿Sonríe por segunda vez? Protesta, no le basta ya la naturaleza. ¿Emigra, o siembra, o conquista, o forma las carretas en círculo como una trinchera de la tribu contra los ataques de las fieras? Pues entonces funda la civilización y empieza con ella la historia. Mientras no se duda del amo, no sucede nada. Cuando el esclavo ha sonreído, comienza el duelo de la historia." (10). El hombre inconforme e insatisfecho es la fuerza que empuja los acontecimientos, la chispa que enciende la historia, la que nos permite, desde nuestra posición actual, proyectar nuestra vista hasta veinticinco siglos de distancia. Si así no fuera, el hombre se hubiera estancado en el plano inicial, cerrados todos los caminos, cumplidas todas sus necesidades, negación misma de su ser histórico.

Años más tarde, al comentar Alfonso Reyes un libro sobre el positivismo en México, aquellas ideas vuelven de nuevo, enfocadas ahora desde otro ángulo. Si entonces nos dijo que la protesta del hombre funda la civilización,

(9) *El Suicida*. 2a. Edición Tezontle, México, 1954. Pág. 36.

(10) Obra citada. Pág. 42-43.

dirá después que la inserción del pensamiento en la vida hará posible que el hombre y la historia adquieren su cabal dignidad humana. Por encima de los hechos y los acontecimientos, se va trazando la línea del espíritu, ininterrumpida, continua, ascendente, gracias a una especie humana rica en posibilidades que toma la herencia de sus mayores para transformarla, modificarla, superarla, sin agotarla nunca. Nacen estas reflexiones al momento de aparecer una investigación que, al ocuparse de la filosofía positivista en nuestro país, llegará necesariamente a los tiempos en que el Ateneo de la Juventud, poco antes de que estallara el movimiento de 1910, apresuró su desaparición. Magnífica lección nos da Alfonso Reyes cuando, con el correr del tiempo, y frente a la labor de las generaciones posteriores que se ocupan de una época por él vivida y transformada, siente en carne propia el suceder histórico. "Seguramente —dice, refiriéndose al libro que comenta— que, al aparecer la segunda parte de la obra y cuando llegue a nuestros tiempos, vamos a encontrarnos rectificadas. No nos duelen prendas. La vida de la inteligencia es un camino de rectificaciones incesantes, en que se revela la fertilidad de nuestra especie ante una problemática siempre en movimiento. Lo que importa es la continuidad en el empeño. El empeño, en el caso, se reduce a la inserción del pensamiento en la vida." (11).

Enrique Díez-Canedo llamó a Alfonso Reyes historiador de lo inmediato cuando éste se ocupó de los problemas a que hizo frente el Ateneo de la Juventud, en un ensayo que hoy se hace indispensable para comprender las condiciones culturales y educativas de nuestro país al principiar el siglo, y útil también para explicar algunos de nuestros actuales problemas en estos aspectos. Aquí trata de la historia menos apreciada, la que todavía se mantiene fresca, es decir, del pasado inmediato, título mismo de este ensayo. En sus páginas encontramos la explicación de la transformación que se operó cuando intervino en la vida cultural de México un grupo de jóvenes que se enfrentó a los vicios y errores de una educación que no respondía ya a sus exigencias. Preludio del movimiento que cambiaría la faz de nuestra historia, los trabajos de esta generación marcan la nueva ruta y cobran importancia ante nuestros ojos; es necesario conocerlos para lograr una visión más amplia de nuestro siglo. Representa la corriente de ideas, los aires nuevos, la edificación de los cimientos culturales de nuestra época. Más allá de las

(11) *Los Trabajos y los Días*. "Dignificación de la Historia Mexicana". Ed. Occidente, México, 1945. Pág. 100.

armas, dice Alfonso Reyes, la historia se construye por la palabra. Y en esta transformación histórica de México, esa palabra fue el instrumento de Antonio Caso, de Vasconcelos, de Henríquez Ureña, de Martín Luis Guzmán, del mismo Alfonso Reyes y tantos otros, que con sus actos se aseguraron la paternidad de las generaciones posteriores. Así va tejiéndose el proceso histórico, en una continuidad precedida por la idea y por la palabra, a través de la cultura, "agente plástico" de la historia. Penetrar ahí será justamente la labor de interpretación a que debe someterse todo aquel que pretenda la reconstrucción del pasado.

Estas reflexiones y observaciones sobre problemas de la historia y su estudio, que hemos entresacado de la obra de Alfonso Reyes, desembocan en una teoría que descarta toda explicación exclusivamente "determinista" o "heroica" de la historia. Esta sería el resultado, según la primera de esas corrientes, de motivos supraindividuales. Queda ahí borrado el hombre como individuo para ser empujado por distintas fuerzas, según que la interpretación sea mística o espiritualista, naturalista o materialista. Por el contrario, la otra corriente explica la historia por la acción de unos cuantos hombres, verdaderos conductores de la humanidad, ya se les llame Héroe o Representativo, Grande Hombre o Superhombre. Por encima de todo esto, Alfonso Reyes entiende que la historia es producto de ambas fuerzas: las individuales y las colectivas, y cree que sólo alejándonos de ambos extremos puede dársele su integridad vital. Así se explica que vea realizado el destino del hombre, no en el individuo, sino en la total especie humana. Si encontramos una época histórica bajo el signo de un hombre, no puede sin embargo excluirse la sociedad que lo rodea, sin cuya fuerza palidecerían los hechos. Junto a los grandes hombres la colectividad cumple también su cometido, y llevada por éstos la historia sigue su marcha.

Así, va el hombre, a través del tiempo y del espacio, "este 'gusano de cuatro dimensiones que decía Proust'", haciendo la historia y mirando atrás a cada momento, enlazando pasado y porvenir, alimentándose de preguntas para encontrarle un sentido a la vida. El tiempo, inaplazable e irreversible, pesa mucho sobre sus espaldas y sus interrogantes siempre abiertos le hacen robar horas al sueño. ¿Será quizá como lo ve Antonio, ese personaje que nos dejó Alfonso Reyes en una de sus últimas narraciones, que lindan con la invención y tienen carácter de divagaciones fantásticas, como dijera José Luis Martínez? En sus páginas, que también pudieran ser arranque de no-

vela, pero con caminos interiores, nos cuenta como Antonio adquirió la técnica de mantenerse en un estado intermedio entre la vigilia y el sueño, "falso equilibrio de meditaciones confusas." Así situado, y escogiendo para su reflexión la estructura del Tiempo, esto pasa por la cabeza de Antonio: "—El Tiempo: un caminar, una senda en marcha. Nos lleva, *nos vive*, nos gasta. Todo está presente, y todo, de toda eternidad. Nos movemos nosotros, no el Tiempo, que es inmóvil. Transportados en la barca del Tiempo, vamos descubriendo, por la orilla, este árbol, y luego aquel árbol, y ya presentimos el que ha de venir después, mientras recordamos el que hemos dejado atrás. Pero los árboles están ahí, impasibles. No se han ido los que pasaron; no acaban de crearse los que aparecen, porque ni se han ido ni aparecen. Todos estaban ya esperándonos. Cortés, visto a cierta distancia interplanetaria, aún está entrando por primera vez en Tenochtitlán: vive, pues, quieta y fijamente en algún nudo de la vibración luminosa que lo lleva, enlazado e ileso, a 300,000 kilómetros por segundo. Y la catástrofe que mañana habrá de aniquilarnos yace escondida en algún repliegue del universo: está aconteciendo constantemente: nos aguarda. En la *Previdida* de Sánchez Mármol (¿para que buscar autores lejanos?), se vive, por descuido y resbalón hacia atrás, lo que ya se había vivido. Así también puede haber quien se resbale hacia el porvenir. ¿No habéis advertido que algunos hombres desaparecen de súbito? ¡Se fueron tal vez al siglo XXI! Todo puede pasar: corremos peligro de *desexistir* a fuerza de existir. Los sueños de recuerdo y los sueños de premonición producen en el cuadro (de ayer o mañana) la misma refracción, el mismo temblor sobre una realidad siempre estática: la lente ha temblado, no el objeto. Porque en el soñar abandonamos los remos, nos salimos ya de la barca, y volamos en libertad a una y a otra parte. Y el retorno eterno de los griegos (popularizado por Nietzsche), este morderse la propia cola, significa que hemos emprendido un viaje en redondo: que nuestro camino, nuestro Tiempo, lejos de ser recto como juzga el sentir vulgar, se encorva y se cierra sobre sí mismo, como en el espacio de Einstein..." (12). Estas curiosas reflexiones, que encontramos también en *Oceana* y *Epónimo*, dos de *Los siete sobre Deva*, pasan por la mente del personaje de Alfonso Reyes. Sea así o de otra manera, lo cierto es que el hombre, incrustado en el tiempo, se interrogará siempre ante estas limitaciones de pasado y porvenir.

* * *

(12) *Quince Presencias*. Colección Literaria Obregón. México, 1955. Págs. 188-190.

Aquí nos detenemos. No vamos más adelante, porque el propósito fué únicamente seguir el hilo de las reflexiones que sobre estos problemas hemos encontrado en la obra de nuestro máximo escritor. Y no adelantamos conclusiones, porque esto no va con Alfonso Reyes. Todavía no se agota su mensaje, y además, hace poco escribió lo siguiente: "Aun no estoy embalsamado: estoy vivo, luego cambio constantemente; y el mundo, a mi alrededor, también está en perpetua mudanza."

Recojamos, por último, estas líneas escritas con su pluma de oro, que nos dan la dimensión perfecta de su pensamiento: "La verdadera y definitiva redención está en el conocimiento. Desde esta cumbre, la pesadilla de la historia es tan majestuosa como una tempestad en los mares. Por encima de nuestra miseria, el espíritu de la humanidad sigue renovando su morada."

